

La oración en la vida corriente en las cartas de Ignacio de Loyola (y II)

Antonio M. Navas

Para la oración son mejores los deseos que los excesos

Resulta sorprendente la importancia que Ignacio concede a los deseos en todo lo que se refiere a la vida del espíritu. Los considera como un anticipo de lo que Dios va a ir realizando en el mundo a través de la persona que los experimenta. De ahí que no se impacienta cuando esos deseos no se pueden llevar a término, sobre todo si media otra circunstancia en la vida que indique que por el momento es mejor esperar que dedicarse a realizarlos. Es el caso que se le plantea con los estudiantes jesuitas de Coimbra, que no sabían cómo armonizar sus deseos con la dedicación al estudio. Se entregan más a la oración y a las austeridades externas que a los libros y esto justifica la intervención de Ignacio en carta de 7 de Mayo de 1547:

«El 4.º modo de ayudar a los prójimos, y que mucho se extiende, consiste en los santos deseos y oraciones. Y aunque el estudio no os dé tiempo para usarlas muy largas, puede en deseos recompensarse el tiempo a quien hace oración continua de todos sus ejercicios, tomándolos por solo servicio de Dios»¹³.

Como puede verse los deseos pueden suplir la falta de acción hasta que llegue el tiempo oportuno de poder realizarla y lo mismo hay que decir de la oración: cuando las circunstancias no permiten dedicarse a ella con la inten-

(13) MHSI, vol. 22, pg. 509.

sidad que se desearía, el deseo de tenerla hará sus veces hasta que desaparezcan los impedimentos que la dificultan. Incluso hace una alusión a hacer «oración continua de todos sus ejercicios», que explicaremos más adelante, y que él considera como el tipo de oración ideal que puede mantener quien está inmerso en una vida activa al servicio de los demás.

En la carta a Francisco de Borja ya citada, de 20 de Septiembre de 1584 se muestra claramente preocupado por la tendencia de éste a excesos en los campos de la austeridad y de la oración:

«... y consequenter [= por consiguiente], no siendo necesarias tantas armas para vencer los enemigos, por lo que yo puedo de Vuestra Señoría en el Señor nuestro sentir, tendría por mejor que la mitad del tiempo se mudase en estudio (pues será siempre muy necesario o conveniente no sólo el infuso, mas el adquirido, para adelante), en gobierno de su estado y en conversaciones espirituales, procurando siempre de tener la propia ánima quieta y pacífica y dispuesta para cuando el Señor nuestro quisiere obrar en ella; que sin duda es mayor virtud de ella y mayor gracia poder gozar de su Señor en varios oficios y en varios lugares que en uno solo; para lo cual mucho nos debemos ayudar en la su divina bondad»¹⁴.

La alusión a 1 Sam 17,38 parece clara. David para su combate con Goliat contó con una armadura que puso a su disposición el propio rey Saúl. Pero él se encontró tan extraño con ella que prefirió dejarla y combatir a cuerpo limpio. A esto le debió de sonar a Ignacio la cantidad de horas que Francisco de Borja dedicaba a la oración y a las privaciones corporales, considerándolo excesivo e incluso perjudicial, por robar el tiempo para otras ocupaciones importantes. Entre las alternativas que le propone está el estudio. Ignacio en los primeros momentos de su conversión había tendido a las exageraciones de Francisco, pero al cerrársele el camino de Tierra Santa había decidido estudiar, porque intuyó, como dice en la misma carta, que eso le sería necesario o conveniente más adelante. La segunda alternativa que le propone es que dedique más tiempo al gobierno de sus estados, cuestión ésta en la que estaba claro que era conforme a la voluntad de Dios sobre él. La tercera con las conversaciones espirituales, medio magnífico de evangelización para Ignacio y que inculcó a todos los primeros miembros de la Compañía.

El trozo seleccionado acaba con dos datos no desdeñables para entender este mundo tan complejo y tan profundo de la oración. El primero alude a que

(14) MHSI, vol. 26, pg. 234.

es básico tener una actitud general de quietud, paz y disponibilidad para que Dios se muestre a la persona como y donde quiera sin obstáculo por su parte. El segundo, que es mejor que haya capacidad de gozar de Dios en varios trabajos o lugares que no en uno solo, ya que la vida lleva consigo tal variedad de situaciones que Dios se adapta constantemente a ellas en sus comunicaciones internas y se incapacita para recibirlas (al menos parcialmente) quien tiene unos caminos de comunicación con El excesivamente rígidos. Los dos datos configuran un tipo de personalidad que se ha dado mucho en cristianos notables del pasado, pero que parece escasear algo en nuestros días: la persona que vive en profunda paz, quietud y disponibilidad ante los acontecimientos de la existencia, sin que haya nada que sea capaz de apartarla del amor de Dios ni de su intimidad con El.

En carta al P. Antonio Brandão, de 1 de Junio de 1551, responde a propósito de algunas dudas que se planteaban sobre la formación de los estudiantes procurando limitar las exageraciones que éstos pudieran cometer por exceso de celo:

«A la primera parte, de dos que tiene la primera petición, se satisface con mirar que el fin de un escolar estar en el colegio aprendiendo es, que haya ciencia con que pueda servir a nuestro Señor Dios a mayor gloria suya, ayudando al prójimo, lo cual requiere todo el hombre; y no del todo se daría al estudio si por largo espacio se diese a la oración. Por lo cual basta a los escolares no sacerdotes (no interviniendo agitaciones que los inquieten o gran devoción) una hora allende [= además] de la misa, en la cual estando el sacerdote en lo secreto puede meditar alguna cosa; y en la hora dicha comúnmente puede rezar las horas de nuestra Señora o alguna otra oración, o tener meditación, según el parecer del réctor: y al escolar sacerdote bastan las horas de obligación y la misa y exámenes: y podrá tomar más media hora, siendo mucha su devoción»¹⁵.

A los estudiantes se les insiste en que lo mejor que pueden hacer no son grandes proyectos que les salgan de la cabeza, sino conformar sus orientaciones con lo que Dios pida de ellos. En su caso y concretando, quitarle tiempo al estudio para dedicarlo a la oración sería defraudar a Dios en la preparación que necesitan para ayudar a los demás en el futuro, dado que los estudios exigen una dedicación completa para que den de sí todo lo posible. En este contexto no tiene nada de particular que, conociendo la tendencia a los fervores que es propia de la juventud, les limitara el tiempo especialmente dedicado a la oración, forzándolos así indirectamente a encontrarse con Dios de otras maneras.

(15) MHSI, vol. 28, pg. 508-509.

Entre «tratar con Dios» y «vivir con Dios», mejor esto último

Ignacio de Loyola estima en todo lo que vale la vida de oración y a quien conozca suficientemente su biografía le llamará la atención la serie de cortapisas que pone al ejercicio de lo que se ha dado en llamar «oración formal», o sea, tiempo especialmente dedicado al trato con Dios. La respuesta es muy sencilla, aunque puede resultar desconcertante: para él orar es propiamente «vivir con Dios» más que «tratar con El».

De ahí una intuición sorprendente que se filtra a través de los textos que vamos comentando: intuye que el trato con Dios puede tener tales atractivos para la persona que la haga adormecerse con El hasta el punto de que se inutilice para vivir según la voluntad de Dios, que es como Ignacio afirma que se realiza la auténtica vida de oración; y a quien conozca algo el mundo de la oración no le resultará tan extraña esta afirmación pues hay personas que siendo grandes orantes no dan la talla en cuanto a disponibilidad en las manos de Dios.

Esta preocupación permanente de Ignacio se plasma con toda claridad en las instrucciones que dio al P. Andrés Oviedo para su estancia en Tívoli, en Febrero de 1551:

«Dejando aparte el oficio divino, a que es obligado, en oración o meditación y exámenes no pasará el término de una hora (menos, lo que él quisiere podrá emplear en esto), porque [= para que] haya más tiempo y advertencia para otras cosas del servicio de Dios, cuya presencia en medio de todas las ocupaciones podrá procurar y hacer oración continua con enderezar todas cosas a su mayor servicio y gloria»¹⁶.

Hay que advertir que Andrés Oviedo tenía una tendencia muy acusada a emplear mucho tiempo en la «oración formal» y que esto le impedía tener la disponibilidad que sería deseable para el trabajo apostólico de la Compañía. Por esto se incluye ese paréntesis significativo indicándole que puede hacer «menos tiempo de oración» sin límite alguno. Para Ignacio no hubiera sido problema que hubiera reducido su «tiempo de oración» al mínimo, pero sí le preocupaba el desarraigo interior que experimentaba este jesuita por su tendencia a una oración formal que lo llevara a consumir grandes horas dedicado a ella.

(16) MHSI, vol. 28, pg. 309.

Por otra parte sus recomendaciones se parecen bastante a las de un médico que tiene que cambiar el tratamiento a un paciente poniéndole otro que supla con ventaja al que le retira. Para Andrés Oviedo prepara un menú a base de «hacer la voluntad de Dios», aficionándose a «tenerlo presente» durante sus ocupaciones, más que a dejar o descuidar éstas en aras de una supuesta mayor intimidad con El.

El P. Urbano Fernandes, rector de Coimbra, pide a Roma instrucción sobre el modo en que hay que gobernar en la Compañía conforme al espíritu de su vocación y recibe una carta en que se contesta con amplitud a sus preguntas con fecha 1 de Junio de 1551. La carta está escrita por Juan de Polanco en nombre de Ignacio de Loyola y firmada por éste; esto explica que esté redactada en tercera persona. El párrafo dedicado a la oración no tiene desperdicio:

«Cuanto a la oración y meditación, no habiendo necesidad especial por tentaciones, como dije, molestas o peligrosas, veo que más aprueba [Ignacio] procurar en todas cosas que hombre hace hallar a Dios, que dar mucho tiempo junto a ella. Y este espíritu desea ver en los de la Compañía: que no hallen (si es posible) menos devoción en cualquiera obra de caridad y obediencia que en la oración o meditación; pues no deben hacer cosa alguna sino por amor y servicio de Dios Nuestro Señor; y en aquello se debe hallar cada uno más contento que le es mandado, pues entonces no puede dudar que se conforma con la voluntad de Dios Nuestro Señor»¹⁷.

La confirmación de lo que estamos diciendo no puede ser más explícita: mejor es encontrarse con Dios en la vida corriente que dedicar mucho tiempo a la oración formal. Y para quien piense que esto sólo se puede lograr a base de sacrificio personal Ignacio subraya que el vivir con Dios debe producir la misma devoción (o mejor aún, mayor devoción). Con lo que queda bastante claro que quien sólo encuentra «gustosamente» a Dios en la oración formal y no en la vida, no tiene la intimidad necesaria para dedicarse a los demás tal y como Dios quiere y para percibirlo incluso con mayor intensidad que en el retiro de la propia soledad entendida como separación física de las cosas y personas que nos rodean. Y también, según lo dicho, habría que considerar inconveniente una tendencia a la soledad que hiciera mirar con disgusto o incluso con rechazo la dedicación a la actividad que Dios pueda estar pidiendo en un momento dado.

Todo lo anterior queda enriquecido con una descripción, incluso minuciosa, de la forma en que se produce, en la carta ya citada al P. Antonio Brandão,

(17) MHSI, vol. 28, pg. 502.

de 1 de Junio de 1551. Se le contesta con consejos para los estudiantes que tiene a su cargo, pero las razones que se dan son aplicables a cualquier persona que se interese por el tema:

«A la 6.^a [cuestión], atento el fin del estudio, por el cual no pueden los escolares tener largas meditaciones, allende de los ejercicios que tienen para la virtud, que son, oír misa cada día, una hora para rezar y examen de conciencia, confesar y comulgar cada ocho días, se pueden ejercitar en buscar la presencia de Nuestro Señor en todas las cosas, como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hiciéremos, pues es verdad que está su divina majestad por presencia, potencia y esencia en todas las cosas. Y esta manera de meditar, hallando a nuestro señor Dios en todas las cosas es más fácil que no levantarnos a las cosas divinas más abstractas, haciéndonos con trabajo a ellas presentes y causará este buen ejercicio disponiéndonos grandes visitaciones del Señor, aunque sean de una breve oración. Y allende desto [= además de esto] puédese ejercitar en ofrecer a nuestro señor Dios muchas veces sus estudios y trabajos de ellos, mirando que por su amor los aceptamos, posponiendo nuestros gustos para que en algo a su majestad sirvamos, ayudando aquéllos por cuya vida El murió. Y de estos dos ejercicios nos podríamos examinar»¹⁸.

En todo el trasfondo del texto se percibe que la oración es algo atrayente para los estudiantes. Habría por tanto que empezar mirando si en nosotros se produce la misma situación o si la oración es para nosotros una carga más que un alivio. En caso de que esto fuera así habría que buscar la causa y ponerle remedio, porque de lo contrario se podría refugiar la persona en la acción para huir de la aridez de la oración formal. Todo lo que está recomendando Ignacio tiene su valor cuando las relaciones de la persona con Dios son las normales y por tanto deseables para ella.

De los ejemplos que pone se deduce que Dios se hace presente en todas las cosas y que si alguien no lo percibe así es porque todavía no sabe conectar adecuadamente con El. Según Ignacio se le encuentra conversando con alguno; y esto me trae a la memoria esa especie de sacralización a que se ha llevado el silencio cuando se hacen Ejercicios Espirituales. De acuerdo con este modo de pensar se harían mejor cuanto menos contacto se tuviera con los demás. No comparto esta opinión. Para cualquiera que haya tenido ocasión de acompañar en esta experiencia o de hacerla él mismo salta a la vista que Dios es

(18) MHSI, vol. 28, pg. 510.

capaz de comunicarse charlando con alguien, con la misma o mayor intensidad que cuando se permanece a solas. Este punto de vista se puede aplicar de manera múltiple a prácticamente todo. Se puede encontrar a Dios perfectamente «andando, viendo, gustando, oyendo, entendiendo y haciendo lo que sea». Lo que sucede es que el hábito por el cual se piensa que Dios acude mejor a nosotros cuanto más «concentrados» estemos ha hecho que, para muchas personas para quienes esa concentración es difícil de alcanzar en la vida que llevan, la oración se convierta en un esfuerzo constante que puede producir más quebraderos de cabeza que satisfacciones.

Ignacio afirma, como puede verse, que el método que enseña a ver a Dios en todas las cosas es más fácil que el de la concentración en cosas más «divinas y abstractas». Y tiene gracia pensar que en nuestros días son muchos los que opinan exactamente al revés; o sea, que sería más fácil hacer oración «abstrayéndose» de la realidad para todo tipo de personas. Más aún, aunque se acepte que esto pueda ser verdad, se reserva para los «expertos» en orar, pero se niega para los principiantes, que son precisamente los destinatarios de esta carta. Justamente si a los que empiezan se les enseñara como lo hace Ignacio tendrían menos «trabajo» y percibirían, dicho con sus mismas palabras, «grandes visitaciones del Señor, aunque sea en una breve oración». Claro que esto supone posponer nuestros gustos y seguir los de Dios, aunque de momento no veamos la utilidad de lo que El nos sugiere.

La lucha contra el tiempo

Una de las originalidades mayores de Ignacio de Loyola radica en su relativización del tiempo que se dedica a la oración. Hay una serie de tratadistas que parecen establecer una ecuación según la cual, a más tiempo consagrado al trato con Dios, más intimidad con El. Ignacio ha tenido la experiencia de que la vida normalmente no permite estos grandes espacios de soledad y por otro lado, como hemos visto, no está tan seguro de que se busquen puramente por Dios. Teme que se pueda filtrar el propio egoísmo y, como ha constatado por experiencia propia que Dios no necesita de tantos requisitos para comunicarse, da la impresión de que lucha a brazo partido contra quienes pretenden hacer del tiempo dedicado a la oración un ídolo intocable.

Los jesuitas Andrés Oviedo y Francisco Onfroy habían difundido una serie de opiniones sobre la vida de oración que no concordaban con lo que enseñaba Ignacio para los miembros de la Compañía. El juicio que le merecían sus recomendaciones lo expresa en carta a Francisco de Borja de Julio de 1549:

«Que oración de una y dos horas no es oración y que son menester más horas es mala doctrina, contra lo que han sentido y practicado los santos: 1.º Vese [= se ve] por ejemplo de Cristo que, aunque a veces haya pernoctado en oración, otras no estaba tanto, como en la oración de la cena y las tres que oró en el huerto; que ni negará que eran oraciones, ni tampoco dirá que cada una pasase de una y dos horas, que verosímilmente no pasaron de una, según lo que fue necesario sobrase de la noche para los otros misterios, etc.; 2.º Vese por la oración, aunque breve sea, ni se pase de una o dos horas en decirla, no se debe negar que sea oración; 3.º Vese por ejemplo de los santos Padres anacoretas que comúnmente tenían oraciones que no llegaban a una hora como se ve en Casiano que tantos salmos decían de una vez, etc., como en el oficio público y horas eclesiásticas se practica; si no quiere que tampoco sean éstas oración; 4.º Vese asimismo hoy día en la práctica de los fieles y aun devotos, que no son todos, mas los menos y aun pocos, pasan dos horas de oración de una vez; 5.º Si oración est petitio decentium a Deo [= petición de lo que conviene a Dios] y por definirla más generalmente, est elevatio mentis in Deum per pium et humilem affectum [= elevación de la mente a Dios por medio de un afecto piadoso y humilde] y si esto se puede hacer en menos que dos horas y aun que media también, cómo quiere excluir del nombre y ser de oración las que no pasan una y dos horas? 6.º Las oraciones eiaculatas [= jaculatorias], tanto alabadas por Augustino y los santos, no serían oraciones; 7.º Los estudiantes que para el divino servicio y bien de la Iglesia común estudian, cuánto tiempo quiere que den más de esto a la oración si han de tener las potencias del alma dispuestas para trabajar de [= en] aprender y han de conservar el cuerpo? Sería bien que mirase que no sólo se sirve Dios del hombre cuando ora; que, si así fuese, serían cortas si fuesen las oraciones de menos de 24 horas al día si se pudiese, pues todo hombre se debe dar, cuanto enteramente pudiere, a Dios. Pero es así que de otras cosas a tiempos se sirve más que de la oración y tanto que por ellas la oración huelga El se deje, cuánto más que se abrevie. Así que oportet semper orare et non defficere [= conviene orar siempre y no fallar nunca], mas bien entendiéndolo, como los santos lo entienden»¹⁹.

La cita es larga, pero la contundencia y unidad de todo lo que en ella se expresa me han movido a transcribirla completa, convencido de que a quien la lea le hará una profunda impresión. Su postura en contra de considerar el tiempo

(19) MHSI, vol. 42, pg. 651-652.

intocable no puede ser más definitiva; subraya la imposibilidad de dedicarse a la oración 24 horas del día, como sería la consecuencia lógica de una visión de este tipo. Y acaba con una afirmación de una gran sabiduría espiritual, aunque no de tanta aceptación como sería de desear por los orantes de profesión: «Dios se sirve algunas veces de otras cosas más que de la oración y en esos casos hay que abreviarla o incluso suprimirla».

Para quien se encierra en los esquemas de «oración, igual a tiempo consumido», esto tiende a interpretarse como situaciones excepcionales, pero así no se haría justicia al pensamiento de Ignacio. De toda la instrucción se deduce que el servicio al prójimo por Dios es superior en cualquier caso a cualquier actividad orante y que este antagonismo práctico entre las dos ocupaciones se presenta en la vida con gran frecuencia. Dejar por tanto que la oración fragüe en esquemas de tiempo determinado puede dejar muy satisfecha a la persona por considerar que así están llenas sus exigencias de fidelidad a Dios, pero es muy fácil que Dios no comparta esta opinión suya, sobre todo cuando vea que esto la aparta de la apertura a su voluntad, que debe ser el principal motor de su existencia.

Termino con un texto referido a los estudiantes de la Compañía en el colegio de Goa, en la India, de una carta a su rector Gaspar Barzeo:

«Entretanto solamente diré que es mucho tiempo el que se da a la oración, hablando de los escolares especialmente, a los cuales no permiten las constituciones más de una hora de oración, fuera de su misa, en el día, y en esta hora entran los exámenes de conciencia y las horas de nuestra Señora en parte, aunque se pueden trocar con meditación o oración mental, como pareciere al Superior. Y si esa tierra sufre menos las meditaciones que ésta, habrá menos razón de alargar [= alargar] la oración que acá. Entre las acciones y estudios se puede elevar a Dios la mente; y enderezándolo todo al divino servicio, todo es oración. Y de esto deben estar muy persuadidos todos los de la Compañía, a quienes los ejercicios de caridad quitan el tiempo de la oración muy a menudo, mas no han de pensar que en ellos agradan menos a Dios que en la oración»²⁰.

La coherencia con el texto anterior es total. Baste subrayar el final sobre la posibilidad de conectar con Dios «entre las acciones y estudios», así como eso de que «los ejercicios de caridad quitan el tiempo a la oración muy a menudo». Queda claro por tanto que si Ignacio buscara algún termómetro para medir la unión de la persona con Dios no se fijaría precisamente en el tiempo

(20) MHSI, vol. 33, pg. 90-91.

que dedicara habitualmente a orar sino en su conformidad interior y gozosa con la voluntad de Dios.

Algo ideal para la vida corriente

He empezado este pequeño estudio sobre la correspondencia de Ignacio afirmando que él es una autoridad en materia de oración. Pero su fuerza no está en que sea autoridad y por ello haya que hacerle caso. Es exactamente al revés: sería bueno tenerlo en cuenta porque en la vida real se confirman sus puntos de vista. Por eso no sería conveniente en ningún momento seguirlos «porque son de S. Ignacio» y a ciegas, sino probarlos en la vida diaria. Aunque estoy convencido de que funcionan correctamente podría ser que por unos planteamientos básicos no adecuados a alguien lo pudieran desconcertar. En este caso sería bueno dejarlos ahí hasta mejor ocasión.

Ignacio es partidario de que la oración forme parte del gozo de vivir, nunca de un estilo personal en que la austeridad o la autolimitación se impongan por encima de una espontaneidad indispensable para la relación entre dos sujetos que se aman. La flexibilidad del junco es más propia de quien ora que la constancia o la firmeza del roble. La vida no suele tolerar con facilidad la excesiva programación más propia de un horario de trenes que de la gente corriente.

Al hablar de gente corriente no me estoy refiriendo al cristiano que no está afectado por una vocación sacerdotal o religiosa. Simplemente me refiero a cualquier tipo de cristiano a quien Dios no quiera llevar en volandas de una manera inusual. Basta mirar a la vida de Teresa de Jesús y sus escritos para comprender que los problemas diarios de la oración se dan lo mismo entre religiosos de vida contemplativa que entre los seculares que no tienen tiempo ni para pararse. La solución que le da al final Teresa es la de la obediencia a la voluntad de Dios, que no difiere en absoluto de la que encuentra Ignacio para gente entregada a Dios en un modelo de vida más activa (21).

Por eso creo que su modo de entender las relaciones con Dios puede ser de utilidad para cualquier tipo de persona, sea cual sea su vocación y se incardine en un carisma o en otro de los que hay en la Iglesia. Claro que para eso tiene Dios que hacernos comprender previamente que la fidelidad es algo propio de El más que nuestro; y que nuestro amor mutuo seguirá adelante no en la medida en que seamos fieles a unos encuentros más o menos programados, sino en la medida en que nuestras antenas se mantengan abiertas a sus emisiones, que se dan a lo largo de todo el día y durante todos los días del año.

Antonio M. Navas

(21) Leer a este propósito el capítulo 5.º del Libro de las Fundaciones confirmará este aserto.